

Llamaron a la puerta. Claire Fielding y Julie Simpson se miraron sorprendidas. Claire se puso en pie.

—No te muevas —dijo Julie—. Ya voy yo. —Se levantó del sofá y atravesó el comedor—. Probablemente sea Geraint, para variar se habrá dejado algo.

Claire sonrió.

—Se habrá repensado lo de dejarme el deuvédé de *Mujeres desesperadas*.

Julie se rió y abandonó la habitación. Claire cambió ligeramente de postura, acomodándose, se recostó y sonrió. Miró alrededor y cogió los regalos que había en la mesita: peles y ropa, libros para padres, juguetes blandos, y las cartas. Claire había pensado que abrirlos antes del nacimiento traería mala suerte, pero los demás habían insistido, así que había acabado por ceder, dejando atrás sus dudas enseguida.

Se movió de un lado al otro tratando de encontrar una zona más blanda en el sofá, para permitir que los muelles se acomodaran a su enorme e hinchada barriga. Se acarició el estómago.

Sonrió, pero no durante mucho tiempo. Se inclinó hacia delante, gruñendo por el esfuerzo, y cogió su vaso de refresco de fruta. Tomó un sorbo y lo volvió a dejar. A continuación tomó un aro de cebolla frita. Había oído horribles historias de mujeres que no podían comer nada durante el embarazo y estaban constantemente enfermas. Ella no, era afortunada; probablemente demasiado afortunada. Acarició su estómago, esperando que todo él fuera bebé, pero consciente de que no era el caso. Deseó poder ser como una de esas famosas, como Victoria Beckham o Angelina Jolie, que unos cuatro días después de dar a luz ya habían recuperado su línea. Aseguraban que era a base de ejercicio y dieta, pero ella sabía que tenía que ser cirugía. La vida real no era así para Claire y sabía que tendría que trabajar duro. Pero de todas formas, eso sería más adelante. Recuperaría su cuerpo y entonces empezaría una nueva vida. Solos ella y su hijo.

Ya no estaba ansiosa ni deprimida, triste ni desamparada. Todo aquello era agua pasada, se había acabado, como si le hubiera ocurrido a otra persona. Era cierto que había sido duro, pero había valido la pena. Realmente había valido la pena.

Claire sonrió. Seguramente se había sentido más feliz en algún otro momento de su vida, pero no podía recordar cuándo. Lo que estaba claro es que no se había sentido tan feliz en mucho, mucho tiempo.

Entonces oyó unos ruidos procedentes de la entrada.

—¿Julie?

Golpes en las paredes y el suelo, porrazos y ruido de refriega. Parecía que alguien estuviera jugando al fútbol o haciendo lucha libre. O peleando.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Claire. «Oh, no. Dios, no. Él no, ahora no...»

—Julie...

La voz de Claire sonó más desesperada esta vez, incapaz de esconder lo alarmada que estaba por lo que oía, por quien imaginaba que era el causante del ruido.

Un último golpe; después, el silencio.

—¿Julie?

No hubo respuesta.

Claire consiguió levantarse del sofá con muchas dificultades. La velocidad con la que lo hizo le causó un ligero mareo. Cogió su móvil de la mesa, abandonó la habitación y se dirigió al recibidor. Tenía una clara idea de a quién podía esperar encontrar allí y estaba preparada para llamar pidiendo ayuda. Incluso a la policía si fuese necesario; cualquier cosa con tal de librarse de él.

Dobló la esquina. Y se quedó paralizada, boquiabierta. Fuera lo que fuese lo que se esperaba, no era la escena con que se encontró. En ningún caso podía haber imaginado aquello; era espantoso. Demasiado espantoso como para que su mente pudiese procesarlo. No podía asimilar lo que estaba pasando.

Sus ojos miraron hacia el suelo y entonces vio a Julie. O más bien lo que quedaba de ella.

—Dios...

Entonces vio la figura sobre su mejor amiga y empezó a entender. Sabía que su vida normal y corriente había llegado a su fin con la llamada a la puerta. Ahora estaba viviendo algo diferente. Una película de terror, tal vez. Una pesadilla.

La figura la vio. Sonrió.

Claire vio la hoja. Brillante bajo la luz del recibidor, con la sangre que goteaba sobre la alfombra. Intentó correr, pero sus piernas no le respondieron. Intentó gritar, pero no fue capaz de hacer llegar las señales adecuadas del cerebro a la boca. Simple-

mente dejó caer el móvil y se quedó allí paralizada, incapaz de moverse.

Y un momento después la figura estaba sobre ella.

Un golpe y todo se tornó negro.

Claire abrió los ojos. Intentó incorporarse, pero no podía moverse. Ni los brazos, ni las manos, ni la espalda; nada. Sus ojos volvieron a cerrarse. Notaba pesados hasta los parpados. Muy pesados. Volvió a intentar abrirlos y lo logró. Pero el mero hecho de mantenerlos abiertos le suponía un esfuerzo descomunal.

Solo fue capaz de mirar hacia arriba, ni siquiera logró mirar hacia los lados. Reconoció el techo de su habitación. La lámpara estaba encendida, cegándola. Trató de parpadear para que la luz no la deslumbrara, pero sus pesados parpados permanecieron cerrados. Instintivamente sabía que eso no era bueno, así que, con luz o sin ella, se forzó a abrirlos.

Intentó averiguar qué estaba pasando. Una sombra se movía en el techo, alargada y amenazante, como surgida de una película de terror en blanco y negro. Estaba haciendo algo fuera de su campo de visión.

Claire recordó lo que había pasado. La figura en el recibidor, el ataque. Y Julie. Julie...

Abrió la boca. Probó a gritar, pero su boca no emitió ningún sonido. Una oleada de pánico recorrió su cuerpo. De alguna manera la había paralizado. Drogado. Sintió que sus ojos se cerraban de nuevo. Volvió a forzarse a abrirlos. Era el mayor combate de su vida; no podía permitir que se cerraran, sabía que si eso pasaba moriría.

Trató de mover los labios, emitir sonidos, pedir ayuda. Nada.

No importaba lo fuerte que gritara en su cabeza —y en aquel momento le parecía estar gritando sin parar—; todo lo que salía de su boca era un gemido como el de un cachorro.

Vio como se le aproximaba la sombra del techo.

«No, no... Aparta, aléjate de mí, no me toques, no me toques...»

Inútil. Solo consiguió que le doliera la cabeza y notar un pitido en el oído.

Claire sintió que sus párpados volvían a caer, luchó por hacerlos subir. Cada vez le resultaba más difícil, igual que respirar; sus pulmones perdían fuerza a cada inhalación. El pánico y el miedo apenas conseguían que su corazón bombeara más rápidamente la droga por todo su cuerpo. Sabía que no le quedaba mucho tiempo.

«Que alguien me ayude..., por favor..., tiren la puerta abajo, por favor...»

La sombra de la figura se acercó a ella tapando la luz del techo. Claire se sintió confusa, más allá del miedo y del pánico. ¿Quiénes eran? ¿Por qué estaban haciéndole aquello?

Entonces vio el escalpelo. Y comprendió.

«Mi bebé no..., por favor, mi bebé no...»

La figura se inclinó sobre ella, con la luz reflejándose en la afilada cuchilla del escalpelo.

«No... Ayúdame, Dios, ayúdame...»

Empezó a cortar.

Claire no sintió nada. Únicamente veía la grotesca sombra del intruso en el techo, con la luz exagerando el movimiento de sierra del brazo.

«Dios, no, por favor..., por favor, que alguien me ayude, que alguien me ayude, no...»

Finalmente la figura se ensanchó. Se colocó sobre Claire. Sonrió. Había algo en su mano, rojo, goteando.

«No...»

Otra sonrisa y apartó la cosa roja que goteaba de su vista. Claire no podía gritar ni moverse. Ni siquiera podía llorar.

La sombra avanzó hacia la puerta y se fue. Dejó a Claire a solas, gritando y dando alaridos mentalmente. Trató de levantar los brazos, de mover las piernas. Nada. Suponía demasiado esfuerzo. Incluso respirar le suponía demasiado esfuerzo.

Sintió que los pulmones se le ralentizaban, que los párpados se le cerraban. Podía notar como el flujo de sangre a lo largo de su cuerpo se iba ralentizando cada vez más.

Intentó luchar contra ello por última vez, pero no sirvió de nada. Su cuerpo estaba extinguiéndose y ella no podía hacer nada por evitarlo.

Sus pulmones dejaron de hincharse, su corazón dejó de latir.

Sus ojos se cerraron por última vez.